

ANIVERSARIO DE DON LUIS ROSADO VEGA

La voz perdurable de un gran poeta de Yucatán

Roque Armando Sosa Ferreyro

Somos generosos en el aplauso y el homenaje para enaltecer a extranjeros, muchas veces mediocres, aureolados por la publicidad y el espejismo de la distancia. Nuestro nacionalismo tiene vigencia industrial y política, pero no existe cuando se trata de honrar a positivos valores de las letras y las artes de México, salvo el caso de quienes pertenecen a capillas ideológicas o comparten afinidades que evocan los tiempos de Sodoma y Gomorra. A los pintores y escultores, músicos, poetas, novelistas, cantantes y actores no comprometidos, se les ignora, condenándolos al silencio y la sombra. Sin embargo, cierta es la sentencia diazmironiana: el mérito es el naufrago del alma: vivo se hunde, pero muerto flota...

En estos tiempos de crisis, generaciones iconoclastas se ufanan de no respetar nada, barrer con todo, tener sus propias normas estéticas, sin

enlace alguno con el pasado. Es así que logran etiqueta de genios músicos cuyas creaciones son un caos de sonidos, sin ritmo ni melodía; pintores que ignoran el dibujo, la composición, la perspectiva, la armonía cromática; "poetas" que escriben sin métrica, sin rima y sin sentido, hilvanando palabras caprichosamente, con metáforas descoyuntadas; escultores imaginativos, para quienes la forma es convencional, arbitraria, subordinada a su capricho y reñida con la naturaleza; novelistas y actores teatrales encadenados a la obsesión del sexo y el lenguaje del hampa.

En los últimos años, críticos audaces que hablan de todo sin saber nada, han pretendido ridiculizar a los maestros de las letras y las artes plásticas, en un vano intento de sustituir en los altares de la gloria las obras consagradas por el tiempo. Los medios de comunicación masiva, en buena parte

Publicado en *Diario de Yucatán*, martes 21 de junio de 1994, con la siguiente nota al calce:

El Grupo Sociocultural Luis Rosado Vega, de la ciudad de Valladolid, nos pide que reproduzcamos hoy, en el 121 aniversario del nacimiento del distinguido poeta yucateco, este artículo de nuestro extinto colaborador Sr. Sosa Ferreyro que publicamos, con motivo del centenario, el jueves 21 de junio de 1973.

Roque Armando Sosa Ferreyro. (1902-1989). Periodista, poeta y ensayista, colaboró en los principales periódicos de México como El Universal Ilustrado, Excélsior, Revista de Revistas, El Sol de México, El Diario de Yucatán, El Informador, de Guadalajara, El Porvenir, de Monterrey y El Siglo, de Torreón.

bajo el control de cómplices que propician la tarea destructora, desorientan y confunden transitoriamente al gran público, que de manera instintiva reacciona en defensa de la verdad y la belleza. Son inmortales, eternas, la majestad de Venus Afrodita, la sonrisa musical de la Gioconda, las catedrales sinfónicas de Bach y de Beethoven, la poesía y el teatro de los clásicos, las pinturas del Renacimiento...

En México, el empeinado postergamiento de nuestros poetas mayores que nos legaron entrañable acervo de emociones y un trascendente mensaje de hondos y elevados pensamientos, no resiste el paso de los años; y resurgen las estrofas que no son de ayer ni de hoy sino de siempre. Sor Juana, Acuña, Othón, Gutiérrez Nájera, Nervo, Urbina, Díaz Mirón, González Martínez, López Velarde, tienen una proyección que se acendra al añejarse, como los buenos vinos. Así también la obra extraordinaria de Luis Rosado Vega, cuya presencia es perdurable en versos magníficos. Pongamos su nombre bajo el sol de la gloria, como predilecto hijo de Apolo, al cumplirse el centenario de su nacimiento, que fue en Chemax, Yucatán, el 21 de junio de 1873.

En el año de 1902 publicó su primer libro de poemas, *Sensaciones*; y el último, *Romancero yucateco*, en 1949. La fecunda producción no restó calidad a la obra, que fue superándose hasta lograr cimas de excelsitud. Desde principios de este siglo conquistó sitio

de privilegio en la admiración nacional y continental. A pesar del huracán revolucionario, en que los cañones ensordecían el ámbito del país, la voz del poeta Rosado Vega siguió escuchándose, y sintió la vida intensamente gozándola y sufriendola, para darnos a través de su temperamento la visión y la armonía de un mundo interior en penumbra, pleno de suaves cadencias y fantasmas luminosos...

El amor y la muerte polarizaron la poesía de Rosado Vega, en un marco de tristeza y desolación que es ejemplo de aristocracia espiritual. No grita, no blasfema, no impreca, no protesta. Humildemente dice, en voz baja, sus confidencias y angustias, sin menoscabo de la dignidad y con sencillez que fluye en latidos cordiales. Más que la forma y el preciosismo verbal, hay en su obra un vivo sentimiento de matices recónditos y una desencantada filosofía que llega al escepticismo y la renunciación. La sinceridad de su palabra, vertida en vasos de factura moderna, es accesible a todos. Al margen de capillas literarias y cofradías de elogios recíprocos, sus méritos auténticos tienen el aval y la consagración indiscutible del tiempo.

Para mucha gente, en esta época aturdida por cajas de resonancia que proyectan nombres de escritores y artistas sólo por sus tendencias políticas,



quizá no tenga significación concreta la firma de Luis Rosado Vega. Por ello hemos de señalar que en las primeras décadas del presente siglo lograron difusión continental los versos de *Las campanas de mi pueblo* y que un fragmento del poema *En el campo triste* fue letra de uno de los más delicados bambucos colombianos, conocido en toda América: *Dicen que cuando murió / tan bella y tan joven era, / que hasta la misma madera / de su caja floreció. Dicen que cuando murió / ¡ay! era tan inocente, / que hasta el bosque se inclinó / cuando el entierro pasó / ¡para besarle en la frente!*

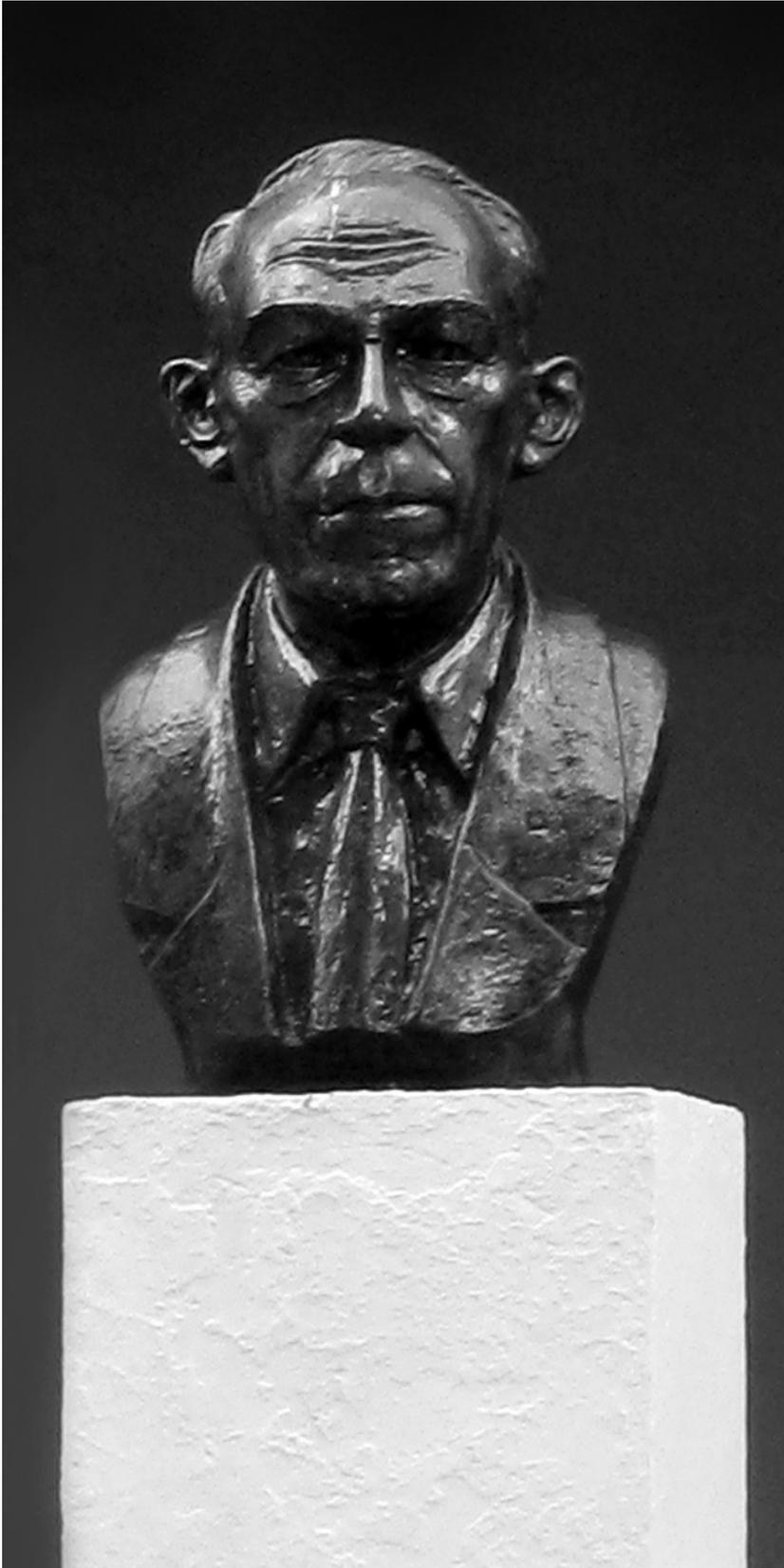
Además de su producción recogida en *Alma y sangre*, *Libro de ensueño y de dolor*, *Vaso espiritual*, *En los jardines que encantó la muerte* y *Poema de la selva trágica* y la dispersa en diarios y revistas, Rosado Vega contribuyó como nadie a dar categoría de madrigal a la canción yucateca. Suyas son, entre otras, las letras de *Flores de mayo*, *Las golondrinas*, *Vestida de blanco*, *Crucifijo* y *Peregrina*, esta última ligada para siempre a la historia de un amor que fue pasión y tragedia: el del líder socialista Felipe Carrillo Puerto y la bella escritora Alma Reed. Todos saben que la melodía de la canción es de Ricardo Palmerín, pero la mayoría ignora al autor de los versos, el gran poeta Luis Rosado Vega.

Otros valiosos títulos integran la bibliografía del fecundo escritor: las novelas *María Clemencia* y *Claudio Martín*, *vida de un chiclero*; *El desastre* y *Explotaciones cínicas*, obras polémicas; *El alma*

misteriosa del Mayab y *Amerindmaya*, en que dice devotamente leyendas y tradiciones de Yucalpetén; *Lo que ya pasó y aún vive*, evocadoras crónicas del ambiente yucateco a principios de siglo; y *Un pueblo y un hombre*, estudio histórico de Quintana Roo y la ejemplar labor administrativa que realizó como gobernador de la comarca el general Rafael E. Melgar. Para el teatro escribió *Payambé*, poema con éxito en México y en Mérida, los años 1929 y 1930.

Vida laboriosa e infatigable fue la de Luis Rosado, a quien se debe la creación del Museo Arqueológico de Yucatán, para atesorar en sus salas testimonios de la cultura mayense y el arte colonial. Fue periodista brillantísimo: organizó una expedición científica que exploró las selvas de la península yucateca en busca de monumentos prehispánicos y para estudiar la flora, la fauna y otras características del solar imponderable de sus ancestros. Maestro normalista, prefirió la docencia de la poesía a la de las aulas. Charlador amenísimo, su tertulia bajo los almendros del Parque Hidalgo, de Mérida, congregó durante varios años a escritores y artistas que formaron el inolvidable grupo conocido con el nombre de Ateneo Bohemio.

Al cumplirse una centuria de su natalicio, recordamos que el gran poeta de la melancolía dejó de existir en



la capital yucateca el 31 de octubre de 1958, a los 85 años de edad, y que todavía su terruño —y México!— no cumple el obligado homenaje a su memoria, con una antología de los más hermosos poemas de este sacerdote del verso que sintió e hizo sentir personalísimas emociones en el altar del amor y la belleza, la nostalgia y la muerte. Difundir su obra, hacerla conocer y admirar, es honrarnos a nosotros mismos. El vértigo de la vida contemporánea reclama oasis de luz y de armonía, paréntesis que serenen nuestros espíritus y los eleven por encima de las pasiones y los intereses, problemas y angustias que asfixian la existencia.

Prodigamos generosamente elogios a escritores y artistas extranjeros y damos sus nombres a calles y escuelas. Bien muy bien; ¿y los nuestros? No por nacionalismo ni patriotería, sino por equidad, hemos de hacerlo; porque si nosotros no exaltamos los valores propios, a quienes legaron perdurables testimonios de su genio creador, no podremos esperar que bajo otros cielos se les reconozcan sus méritos. Por desgracia la sombra de la Malinche nubla el horizonte mental y espiritual de quienes deberían rescatar los nombres y las obras de mexicanos ilustres, como el del poeta magnífico que se llamó Luis Rosado Vega, par entre los dioses mayores del parnaso americano y quien dijo orgullosamente: "Mi vaso es de barro, pero bebo en mi vaso...".